

FINALISTA ESTATAL



SIN TÍTULO

Beatriz Díaz Venega (Comunidad de Madrid)

El momento en el que la vida se enfrenta a la muerte. No sentía nada, no lo comprendía. Podía verme ahogándome en lo más profundo de su mirada, esa mirada que parecía derramar lágrimas de sangre.

Discúlpame si no me presento de una forma del todo correcta, pero no soy más que alguien al que muchos llaman mendigo, mas estoy acostumbrado a que la gente me mire con una cara de desprecio, y tan solo murmullen 'borracho' hacia sus adentros. Me llamo Lucas y vivo en esa enorme ciudad que recibe el nombre de Madrid, bueno, si es que alguien puede definirlo con el verbo vivir.

No me extrañaría si al leer lo recién escrito, usted se ha sobresaltado, o ha mirado a quien está situado a su lado, con una cara de no entender el porqué de mis palabras. Como puedo ver que está esperando una respuesta, no le quepa la menor duda de que la va a tener.

Mi vivienda es un lugar oscuro y sucio, muy sucio, frío y maloliente, o eso dicen. Sin embargo, para mí, es un sitio ideal. Vivo en la esquina de un edificio; sí, lo que acaba de leer ha de tomárselo al pie de la letra. En dicha esquina hay un rincón, en cuyo suelo puede observar un par de sábanas para resguardar del frío, situado encima de unos trozos de cartones, esparcidos por toda la superficie.

Justo al lado de todo lo que acabo de nombrarle, que es lo que debemos considerara mi cama, hay un viejo cojín casi desplumado por completo, que le sirve a mi compañero para conciliar el sueño.

No imagine que éste es un ser humano, ya que la organización del espacio habría sido injusta para ambos; es un perro callejero. Todos aquellos desconsiderados que no tienen nada mejor que hacer, se dedican a gritarle cuando se les acerca para pedirles una simple caricia, o a insultarle con palabras crueles que, aunque él no puede decirlo, se le clavan en lo más profundo de su cansado y viejo corazón, como si lo apuñalaran una y otra vez.

A pesar de ello, yo le tengo tanto aprecio como un padre a su hijo, y bajo ninguna circunstancia dejaría que algo malo le ocurriese.

Somos como uña y carne, nos conocemos desde que éramos muy jóvenes, y desde aquel instante somos totalmente inseparables; no podríamos vivir el uno sin el otro.

Siempre me ha gustado recordar la siguiente historia, porque la llevo muy adentro, y es algo que nada ni nadie podrá borrar.

Rex, así es como decidí llamarle, estaba involucrado en el cruel mundo de las peleas de perros. Muchos hombres acudían a ver ilegalmente a estos pobres animales, que sin entender por qué les hacían eso, se enfrentaban unos con otros para ser el más fuerte, el más terrible, y así, poder salir ileso del combate.

Cierto día, estaba paseando por una solitaria calle, cuando escuché unos gemidos, acompañados por un coro de ladridos, provenientes del sótano de una de las viviendas allí presentes.

Me acerqué disimuladamente, y entonces fue cuando le vi. Estaba allí, en medio de cientos de perros enjaulados, que se habían alborotado al ver un

gato pasar. Desgarraban los barrotes con sus afilados colmillos, cuando un hombre muy extraño entró en el establecimiento.

El hombre llevaba una gabardina negra, y sus botas producían un estruendo como un trueno en mitad de la tormenta. Acto seguido, sacó dos perros de sus jaulas, y abandonó la sala con ellos. Vi una ventana abierta y no lo dudé dos veces: entré sin hacer el menor ruido.

Una vez en el interior, contemple mejor aquel espectáculo. Todos y cada uno de los mamíferos allí presentes, no eran más que huesos y pulgas. Pero no lo pude evitar, esa mirada penetró en mí como una piedra. Sus ojos estaban cargados de tristeza, e incluso podría decirse que lloraban. Abrí su jaula y lo cargué en mis brazos. Salí de aquel espantoso lugar y en cuanto nos hubo rozado la brisa del aire, el perro se lanzó sobre mi tan sucia cara y empezó a chupetearla.

Sabía que lo que hacía no era correcto, más también sabía que él me guardaría aquel secreto mejor que nadie en todo el mundo.

Bueno, a continuación le narraré el último día, exacto, usted mismo lo acaba de decir, el último día de toda mi vida.

Pasábamos por delante de un restaurante, cuando nos entró hambre al ver todo aquel manjar. Así que nos fuimos a una máquina expendedora que si la golpeas con fuerza caen algunos deliciosos bollos.

Pero ese día no fue tan fácil...

Un hombre había copiado nuestra idea y estaba allí; obteniendo un jugoso manjar de alimentos, me acerqué, y bruscamente le empujé hacia otro lado para que se apartase; mas él, no satisfecho aún con su botín, sacó una llave inglesa y amenazó con golpear al perro si no le dejaba la máquina para él solo. Me abalancé sobre el, 'no puede hacer esto' pensé.

Salimos rodando hacia la carretera en el momento justo en el que un autobús pasó sobre mí. Me atropelló. Acto seguido... puede imaginárselo. Fue una muerte en el acto. Rex, al ver que no me levantaba, se abalanzó sobre un coche, y justo dos minutos después, pasó a ser historia.

No sienta lastima hacia mí, no la necesito; ahora mi vida es mucho mejor en este nuevo mundo, la alegría recorre cada una de las gotas de sangre por mis venas.

En efecto, amigo mío, esto es fidelidad hacia un dueño. No se enfade porque le robé a uno de sus perros y murió por mí. Sólo viva tranquilo porque no le daré más problemas.

Posdata: gracias por darme la vida, gracias por darme a Rex.